

El dedo del oso

Dany Díaz

Nunca había estado preso y no tenía ningún antecedente. Según todos los criterios de Manuel, Ramón era como él, otro universitario en la quiebra. Por eso le parecía que su mamá exageraba con sus rollos de "mala vibra" al hablar de Ramón y al prohibirle su amistad. Pero no estaba en esa fiesta para pensar en su mamá. Tampoco había venido a divertirse.

Manuel decidió acompañar a Ramón en una gira, vagamente relacionada con su hermano, de entregas por la ciudad. La primera casa a la que llegaron era enorme. Un hombre serio y bien vestido abrió la puerta, los invitó a pasar, se llevó a Ramón tomado por un brazo y le pidió a Manuel disfrutar de la fiesta un rato. Manuel se asomó a la sala, vio una diversa colección de impresentables, así que tomó una cerveza y optó por esperar en el patio trasero donde abrió el bolso y notó los paquetes de polvo blanquecino.

No hubo sirenas, luces, o altavoces. Alguien lo empujó contra la pared y le quitó el bolso de Ramón. Cuando se dio cuenta que estaba siendo arrestado, comprendió que estaba solo, rodeado por dos agentes de policía, que se concentraron en su arresto y dejaron huir a los demás invitados. Trató de correr, pero el agente gordo lo devolvió bruscamente a la pared. Tendría que ir a la estación y explicar los paquetes del bolso.

El interrogatorio duró dos horas. Los agentes creyeron su ignorancia sobre el paquete y le propusieron un trato. Desaparecerían todos los registros de su detención, incluyendo posibles cargos criminales, a cambio de infiltrarse en la banda de Ramón y conseguir evidencia incriminatoria sobre el Oso, la mente maestra del narcomenudeo local- a quien, en la fiesta de esa noche, habían esperado ligar a la distribución de cocaína a menores.

Manuel citó a Ramón en el parque local, fingió haber huido de la fiesta, y rescatado el bolso de los entregables. Ramón lo abrazó, le pidió perdón por involucrarlo en esta locura, le juró haberlo invitado solo por su compañía, no para enredarlo en la sádica ludoteca de su vida reciente. Ramón estaba siendo extorsionado por el secuestrador de su hermano, un tal Oso. Si no distribuía paquetes por la ciudad, su hermano sería desmembrado y los pedazos de su cuerpo distribuidos en bolsas de basura a casa de sus familiares más cercanos. Manuel supo que Ramón decía la verdad, le contó el trato con los policías y lo invitó a cooperar.

Ramón llevó el micrófono a su próximo encuentro con el Oso- se reunían cada dos semanas para intercambiar dinero y entregables. El Oso le informó su nuevo puesto, coordinar las bodegas en el sur de la ciudad- su hermano seguiría detenido como garantía, podría hablar con él cada domingo y pronto empezaría a ganar comisiones. El

Oso contó los detalles de cómo secuestró a su hermano y lo que le haría si se negaba al ascenso. Para terminar el rito, el Oso le entregó un bulto envuelto en un pañuelo azul y le ordenó que lo abriera al salir. Se verían esa noche.

Ramón caminó despavorido a la esquina donde lo esperaba Manuel. Abrieron el bulto del pañuelo azul: era un dedo humano con el nombre del hermano de Ramón. Ambos estuvieron a punto de vomitar, pero siguieron caminando. Manuel contactó al agente de policía. Arrestarían al Oso en la bodega del sur esa noche y después intentarían liberar al hermano de Ramón.

Ramón y el Oso llegaron a la bodega primero. Cuando la puerta se abrió, Ramón golpeó al Oso en el estómago, lo avasalló con otro golpe que lo estrelló contra el suelo, sacó el par las tijeras de bolsillo, pero antes de cortarle el dedo gordo, llegó la policía. Arrestaron al Oso. Ya tenían su confesión y, con la cocaína de la bodega, la evidencia era suficiente para procesarlo.

La victoria fue, como todas las victorias, parcial. El récord de Manuel fue borrado. Ramón enterró el dedo de su hermano. Nunca encontraron el cuerpo.

Octubre 2017, San Salvador.